

## Día de Reyes: “Me lo han traído todo”

Todo lo que he pedido me lo han traído los Reyes.

Dirás lo mismo tú, sin duda alguna. Porque todo se encierra en la vida que nos posee y poseemos. De ella nace toda posibilidad de hacer que los deseos sean realidad y la realidad sea más amable y llevadera.

Por eso he dicho que todo lo que he pedido me han traído los Reyes: vida y fuerza para vivir y vivirla.

Poco he pedido y mucho me han traído: vida, ganas de vivir y fuerza y voluntad de compartirla.

Por eso cuando salga a la calle esa mañana y vea la felicidad en el rostro de los niños con sus regalos y juguetes, haré mía esa felicidad.

Y mío significa, no exclusivo, sino que me permite hacer participes de ello a los demás, compartirlo con ellos, ya sea pan, tiempo, abrigo, agua y vino, paz, justicia, tierra y cielo.

Mío no puede significar algo exclusivo, algo que excluye a los demás de su disfrute. Ha de significar que lo que tengo ha de saciar también a los demás y no a mí sólo.

¡Benditos sean los Reyes, si soy capaz de realizar esto, así como el día seis lo sienta! Si somos capaces de sentir lo nuestro como algo que tenemos para compartir con los demás: la vida, el trabajo, el pan, la alegría y Dios que es Padre Nuestro, Padre de todos.

¡Benditos sean los reyes Magos!

## Comunidad en Camino

2º después de Navidad  
Ciclo A

PP. DOMINICOS - MADRID

5 ENERO  
2014

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 <http://www.parroquiadeatocha.es>



“Y la Palabra se  
hizo carne, y  
acampó entre  
nosotros, y hemos  
contemplado su  
gloria...”

**NTRA. SRA.  
DE ATOCHA**



## 2º después de Navidad (5 de Enero de 2014)

La lectura de hoy nos habla de la Sabiduría, con mayúscula; no la del hombre, sino la de Dios. Es un himno grandioso del papel que tiene la sabiduría en las relaciones de Dios con el mundo y con los hombres. La sabiduría, aunque personificada, es, en el texto, una criatura como nosotros, aunque es la mano derecha de Dios, porque es la confidente del saber divino y, por lo mismo, de su acción creadora, hálito del poder divino en todo el proyecto que El tiene sobre el mundo. De hecho, en el judaísmo se identificaba a la Sabiduría con la Torah, la ley. Sin embargo, una lectura cristiana de este texto, lo sabemos, apunta directamente a la Palabra de Dios, a Jesucristo.

El Logos, en griego, la Palabra divina, se ha hecho carne, es nuestra luz. Quizás parece demasiado especulativa la expresión. Pero recorriendo el himno al Verbo, descubrimos toda una reflexión navideña del cuarto evangelio. El Verbo ilumina con su luz. La iniciativa no parte de la perentoria necesidad humana, sino del mismo Dios que contempla la situación en la que se encuentra la humanidad. Suya es la iniciativa y el proyecto. En el Verbo estaba la vida y la vida es la luz y el futuro de la humanidad. Por eso viene a los suyos, que somos nosotros. Pone su tienda entre nosotros, el Logos, la Sabiduría, el Hijo de Dios. ¿Cómo? No como en el AT, en la tienda del tabernáculo en el desierto, ni en un “Sancta Sanctorum”, sino en la humanidad misma que era la que verdaderamente necesitaba ser dignificada. El hombre es imagen de Dios, y esa imagen se pierde si la luz no nos llega. Y esa luz es la Palabra, Jesucristo.

Eclesiástico 24, 1-4.12-16  
Efesios 1, 3-6.15-18  
Juan 1,1-18

No es fácil comenzar un año nuevo. Lo desconocido inquieta, no sabemos lo que nos traerá. Por eso lo hemos festejado de manera ruidosa: no es sólo la cena de Nochevieja y las ofertas especiales de las cadenas televisivas; son cada vez más los que comienzan el año echando cohetes o haciendo explotar petardos. También los antiguos romanos metían ruido para ahuyentar los malos espíritus al inicio del año. Pero se puede comenzar el año en silencio. Es, sin duda, la manera más lúcida de adentrarnos en el misterio de ese tiempo que no podemos detener y que constituye nuestra vida.

No es difícil recordar el año que se nos fue: hemos vivido alegrías y sinsabores; hemos hecho cosas buenas y hemos cometido errores; hemos encontrado personas nuevas; hemos amado y sufrido; algo ha crecido en mí algo se ha apagado. Esa es mi verdad, ése soy yo. Si en algún rincón de mi alma guardo viva mi fe, puedo agradecer, pedir perdón y confiar en ese Misterio que es Dios.

Llega ahora un año nuevo. Lo nuevo no sólo inquieta, también tiene su atractivo. Lo nuevo es algo intacto, inédito, lleno de posibilidades: produce un placer especial conducir un coche nuevo, escuchar por primera vez un compacto, estrenar una prenda de vestir. Pero, ¿qué puede haber de nuevo en el año que comienza? Tal vez, lo que más novedad puede introducir en nuestra vida es nuestra manera nueva de vivirla.

¿Puedo ser yo un “hombre nuevo”, una “mujer diferente”? ¿Se pueden despertar en mí ideas y sentimientos nuevos? ¿Puedo recorrer caminos no transitados, encontrar gestos nuevos, amar con nueva ternura, acercarme a Dios con corazón renovado? No hace falta que lo cambie todo. En realidad, lo nuevo ya está en germen dentro de mí. Lo importante es que yo viva atento a lo mejor que hay en mi corazón acogiendo aquello que me puede hacer crecer.

Por eso, es bueno que nos deseemos mutuamente un Año Nuevo feliz, pero es mejor todavía que nos preguntemos: ¿qué deseo realmente para mí?, ¿qué es lo que necesito?, ¿qué busco?, ¿qué sería algo realmente nuevo y bueno en este año que comienza?, ¿qué, creo, me pide Dios en mi vida?